

ORIENTE

José Carlos Llop

Cuando uno es expulsado de sí mismo mientras vive en un país inventado —y el enamoramiento es un país inventado por el deseo—, la expulsión es doble. Por un lado debe abandonar su propio mundo, el que ha construido y por el que ha sido construido. Por otro, la brújula con la que se adentraba en terra incognita queda dañada. Por cuánto tiempo no se sabe, pero el daño, en el nuevo estado, permanece: la aguja imantada deja de reconocer el norte y el sur desaparece y el enamoramiento merma al perder su naturaleza secreta. La infección de lo cotidiano. El enamoramiento es autista —un autismo compartido por dos— o muta. Y ningún casado o casada —por utilizar la vieja fórmula, sólo en uso festivo e intrascendente ahora— se enamora si su pareja no ha dejado un espacio vacío donde otro amor puede inventarse y cabe. Ningún casado o casada, sí, salvo todos y cada uno de los que pertenecieron a mi familia, una familia de la que soy el último eslabón o fin de raza, sin escudos de armas ni pergaminos que me entronquen y aten a tierra o casona alguna. Un fin de raza sin raíces, un hombre desplazado.

Un hombre desplazado: pienso en Ovidio en Tristia. Lo gracioso es que mi tesis doctoral fue sobre la relación entre su exilio en el Ponto y el Ars amandi. Pienso en Rilke, de un castillo a otro, de una mujer a otra. Pienso en Jünger y su amante, Sophie Ravoux, la de tantos nombres distintos enmascarando a una sola mujer. Pero es pronto aún para pasar de uno a otro, aunque el espíritu que los una sea el mismo espíritu que se apoderó, nunca sabré cuándo ni por qué, de todos los miembros de mi familia. Hasta llegar a mí, que soy estéril, como ha quedado demostrado en varias ocasiones. Y sin más árbol genealógico que lo que he de contar en estas páginas.

Mi mujer me ha echado de casa. La frase es vulgar, pero no lo es el hecho. No puede serlo porque mi mujer es todo lo contrario a una mujer vulgar, incluso en los momentos en que las mujeres se permiten serlo, vulgares. No hubo gritos, ni escenas; fue una conversación breve y fría sobre la imposibilidad de convivir con un hombre confuso —o demasiado preciso y ajeno— en sus sentimientos. Sobre la necesidad de saber y la necesidad, también, de no saber. Sobre la urgencia de la desaparición del intruso en el que me había convertido en los últimos meses. Un intruso con la mente, el corazón y el sexo hechizados por otra mujer y otro paisaje, distinto al nuestro. Me pregunto si el decreto de Augusto al desterrar a Ovidio fue tan exacto. Ovidio y El arte de amar, un libro que podría ser el libro de familia. De mi familia.

Ahora vivo en un antiguo convento de monjes benedictinos convertido en hotel. Un hotel sobrio y austero, como debían de serlo los monjes que vivieron aquí hace siglos y perdieron el edificio a raíz de la desamortización de Mendizábal en 1835, o de Madoz, o quizá de Floridablanca, no recuerdo la fecha. Como es temporada baja sólo somos dos los huéspedes, el otro es un bibliófilo inglés a la caza de algo que no sé lo que es. Paso las horas muertas leyendo viejas revistas de historia y contemplando

desde el terrado el vuelo caprichoso —y sus formas aún más caprichosas— de las nubes de estorninos. Luego vuelvo a las revistas: el misterio de los caballos y los ciervos pintados en las cuevas de Lascaux, los tesoros de la tumba de un noble etrusco, la música de Mozart para un funeral de rito masónico, la arquitectura dieciochesca fruto del tráfico de esclavos en Europa...

El antiguo convento es grande y frío. Tras los portones hay un patio con aspidistras y clivias y, a media escalera, una galería de tres columnas que se asoma a otro patio posterior con huerto y un jacarandá que en primavera se convierte en cúpula azul. Cerca está el mar y más cerca aún, casi vecinas, las murallas de la ciudad. Cuando salgo por la mañana en dirección a mi trabajo, tomo una calle en cuyo extremo se ve el m